

XVI

RE
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s
2 0 1 4



SEGUNDO PREMIO

La adoración de los pastores

Álvaro Bermejo Marcos

Caminaban entre las tumbas. No había más de veinte, un huerto de cruces perdido en la cordillera recibiendo los colores del cielo como fognazos entre las nubes. Dejó la mochila sobre una lápida y en la pantalla de su tablet congeló una cruz de madera armada con dos troncos y un Cristo tallado en la corteza. Me gustaría que me enterraran en un lugar así, dijo. La piel blanca de los hombros que la camiseta dejaba libre se le había puesto algo rosa en esos días. Le sacó fotos a un pájaro amarillo que movía la cabeza encima de un ángel mortuorio, de piedra gris. Se sentó sobre una lápida y lió un cigarrillo de hierba. Es como si los propios muertos, después de recorrer toda la tierra, hubiesen decidido entrar aquí, dijo, en este lugar apartado de los hombres, y dormir para siempre en esta roca cerca del cielo. Dylan, que la esperaba apoyado contra la puerta del Toyota, de brazos cruzados, oculto detrás de sus rayban negras, le contestó que ya estaba fumada y le pidió que fuera acabando, quería llegar antes que se hiciese de noche.

Ya de nuevo en el coche, Christie miró las fotos en la pantalla de su tablet. Le gustó una especialmente: se veía una tumba tras una reja de lanzas en las que se entrelazaban flores azules; más abajo, jirones de nubes deambulaban entre los pliegos de los cerros, de modo que el cementerio quedaba arriba de la nube; al fondo resurgía una montaña vertical, el cielo y la tierra se confundían en esa imagen. La puso como protector de pantalla, reemplazando la de

su ático en Seattle, una mañana fría pero de sol.

El GPS adherido al parabrisas indicaba la existencia de arroyos, lechos secos, minados por piedras blancas que parecían osamentas de peces. Por algo el pueblo al que iban se llamaba Aguas Secas. Los flancos de la montaña iban parejos al camino. Naranjas, verdes, turquesas, ocres. La montaña, dijo Christie, era la paleta inmensa de un pintor que prepara los colores y que después no la toca porque advierte que la paleta es el cuadro. Sólo colores. Ese paisaje era lo mismo. La fuerza de los colores aislados de la materia. Él le preguntó si pensaba que encontrarían el cuadro en Aguas Secas. Ella se encogió de hombros y miró un rato la foto del cementerio, cerró la tablet, se reclinó contra la ventanilla, tal vez podía dormir. Dylan puso el cedé de Ravel. Como a gotas caía la fuerza del piano sobre la melodía. Es una música lenta pero que no deja de avanzar, es mágica, dijo Christie, descalza y apoyando los pies contra el parabrisas. Dylan le preguntó si la había tocado en algún concierto. Sí, dijo Christie, me volví loca estudiándola, encima con Ravel hay que contar una historia desde las sensaciones, escucha esta parte, ¿ves?, las notas imitan las campanadas que velan a un ahorcado, se repiten las campanas y se repite el miedo a la muerte, que va creciendo. No es una música, es una atmósfera que toca una música.

El camino ya parecía un serrucho, el cedé empezó a saltar, las notas se repetían o volvían atrás. Mejor apagarlo y abrir la ventanilla. No sé por qué dejé el piano, dijo Christie. Ya volverás, dijo él. Sí, no sé. Entró el aire de la montaña y el errático ruido del motor que ya empezaba a sufrir el esfuerzo de la altura. Pasaron dos o tres cementerios más, el paisaje se secaba, pocas plantas, apenas cactus y chumberas, cada vez más rocas, la tierra desnuda, las montañas parecían volcanes de arcilla.

Llegaron a Aguas Secas. La poca gente que caminaba por la calle era vieja, con los rostros curtidos por el sol. Delante del auto una cholita arreaba a sus cabras y en la vereda una niña en bicicleta los miraba con un dedo metido en la nariz. Christie le mostró la cámara, como preguntándole si le podía sacar una foto; la niña pedaleó calle arriba.

Bajaron del coche. Las casas eran blancas, paupérrimas, todas parecidas. Ya casi no quedaba nada de pueblo cuando vieron, al final de una curva, una pared grande de roca medio negra, un balcón arrodillado hacia un precipicio. Arriba de la roca había un cura, sentado, mirando las montañas, y alrededor del cura parecía estar concentrado todo el pueblo, en distintos niveles. Algunos sentados sobre piedras, otros de pie, algunos con los ojos cerrados, otros mirando al cura. A veces los miraban, como si no entendieran qué hacían dos turistas en ese lugar. Christie recordó esa escena de Ben Hur en la que Cristo predica en la montaña. Una viejita arrugada lloraba. Christie le sacó una foto. Después se acercó un poco más al cura y también le sacó una foto. Era entre rubio y pelirrojo, de barba recortada, flaco, parecía más un conquistador que un cura. Perdieron el tiempo de cuánto duró esa oración, al atardecer. Al final, el cura se puso de pie y caminó por un caminito marcado entre los agaves. Todos lo siguieron: la vieja que lloraba, un tipo encima de un burro, la niña de la bicicleta. Llegaron a la capilla, era blanca como las casas y con un campanario de adobe que parecía a punto de

desplomarse sobre su sombra. Alguien empezó a sonar las campanas y el sonido rodó cerros abajo con una avalancha de ecos.

Los bancos rechinaban a medida que los ocupaban. Christie no sabía que el olor denso era guano de murciélago. Se hizo una fila para comulgar. Todavía había luz. Comulgaban y después se arrodillaban en los bancos o rezaban de pie, mirando al suelo o al Cristo lastimado que colgaba del techo. Ellos, por respeto, también lo miraban, tratando de incorporarse a esa oración comunitaria. Casi al mismo tiempo advirtieron el cuadro, en un lateral del altar. Christie se acercó lo más que pudo sin ser indiscreta. Le temblaron las piernas. Le sacó fotos al Cristo, como para disimular, y después al cuadro. Era el mismo que les habían contado. Una obra maestra de valor incalculable perdida en esa capilla de mala muerte, allá, en los Andes, donde la llevó el adelantado Loaysa, a más de diez mil kilómetros de donde fue pintada cuatrocientos años atrás.

Los fieles se perdieron en los cerros. Las puertas de la capilla quedaron abiertas. El cura había desaparecido detrás del altar con la viejita que le hacía de ayudante. Pudieron acercarse más al cuadro. Tendría como tres metros de alto por uno y medio de ancho. A pesar del polvo y de la mugre acumulada se distinguía la factura del maestro en su última etapa, la más genial, mezcla de modernidad occidental y alma oriental.

Una atmósfera tenebrista, mágica, misteriosa, baña la tela. María, en el centro, sostiene el paño sobre el que reposa el Niño, que irradia una luz violenta sobre todos los personajes. Tres pastores de mantos incandescentes y cuerpos distorsionados hasta el paroxismo parecen levitar bajo un cielo abierto cuajado de ángeles. La escena se ve recorrida por una estructuración ondulante, marca un sentido ascensional, melodioso, rebosante de cromatismo. El atrevido amarillo mostaza de las túnicas, el azul ultramarino, los verdes oxidados, el oscuro carmesí. Como esa pincelada fluida, empapada de luz, como esas figuras dramáticamente alargadas, convertidas en llamas donde se aúnan, como si formaran un mismo cuerpo etéreo, ángeles y pastores. Y luego, una vez más, esos cielos inconfundibles, torturados, visionarios, los cielos de El Greco. Los pastores adoran la luz niña, la luz recién nacida en el Cristo. Ángeles sin alas, como algunos pájaros de montaña, esas figuras ya eran más del cielo que de la tierra.

La miraban como hipnotizados, incapaces de sustraerse al sortilegio. ¿Qué podían decir? ¿Qué otra cosa salvo caer rendidos ante esa maravillosa obra maestra? Pero no. No había viajado desde Seattle hasta los Andes para eso. Remedaron un gesto cansado que quiso parecer de hastío, dejaron caer unas monedas en el cepillo herrumbroso que mediaba entre la nave y la sacristía. Discúlpenos, padre, ¿dónde podemos comer algo?

El cura saltó unos torreznos con cebollas y les ofreció el vino dulce que usaba para la misa. Ellos quisieron comer poco, tal vez para mostrarse civilizados, pero el aire de la altura y el humo de la marihuana les había abierto el hambre y limpiaron los platos. Les parecía increíble que el cura hablara tan bien inglés. Les comentó que su madre, aunque española, había estudiado en Boston. No se interesó por la vida de ellos ni tampoco quería hablar de él. Apenas comió unos bocados de cebolla con pan. Al final de la cena, Dylan le pidió si les

podía mostrar de nuevo la capilla. La recorrieron, cada uno sosteniendo un candelabro con velas encendidas. Cuando llegaron al cuadro, Dylan fingió sorpresa. Un Greco en los Andes, y nada menos que una de sus obras cumbre. Claro, por supuesto, qué tontería, tiene que tratarse de una copia –dijo, envolviendo la mentira en sus buenas maneras-, pero aun así me gustaría comprarlo. El cura contestó que todo lo que estaba allí pertenecía a la comunidad de los cerros. Christie insistió, dulce, melosa. También a ella le encantaría llevarse el cuadro, así recordaría su viaje por esa parte del mundo, era tan bello ese lugar. Seguramente la copia sería obra de algún artesano indígena... No, le cortó el cura, la trajo el adelantado Loaysa desde España, allá por el XVII. Pero solo es una mala copia, siguió Dylan –consciente de que el Greco había firmado hasta quince con el mismo asunto, todas de su mano-, de otro modo estaría en algún museo importante. ¿Es que no ve que no tiene ningún valor?, dijo acercando una vela a la tela. Se iluminaron los ojos del Cristo niño, como si cobraran vida. El cura sonrió y explicó de nuevo que, aunque no valiera nada, el cuadro pertenecía a la comunidad. El adelantado Loaysa había cogido las fiebres, estuvo a punto de dejar la vida en estos cerros, solo un milagro le salvó, y en pago nos dejó este cuadro. Hablaba lento y siempre como si mirara un poco más allá de aquello que enfocaba. No le importaron los mil dólares que ofreció Christie. Dylan dijo que tal vez podían pagar hasta tres mil, toda una fortuna para esa bagatela. Ni siquiera lleva la firma del pobre copista –volvió a mentir: había identificado esa miniatura inequívoca, D.K.E -Domenikos Kres Epoiei, De mano de Doménikos-, trazada a los pies de los pastores, casi ilegible. Y además, estaba arruinado de humedad, dijo ella, y de polvo, dijo él, pero igual subían la oferta, la gente de esa zona era demasiado pobre, merecían una buena limosna. El cura los miró y dijo que la comunidad apreciaba ese cuadro por encima de su valor, no estaba en su poder venderlo, eso dependía de Dios. ¿Y cómo hablamos con Él?, preguntó Dylan, riéndose.

El cura entró en el cuarto pegado a la sacristía. Preparó dos catres para ellos y después lo vieron tirarse entre unos perros flacos. ¿Por qué no duerme en una cama?, le preguntó Christie. Así le ofrezco el sacrificio a Dios, dijo, ya acostado sobre el suelo. También les dijo que se despedía ahora de ellos, en unas horas, en plena noche, saldría en burro hacia los cerros, había casas arriba, estaría unos días administrando sacramentos. Christie se acostó y Dylan salió a fumar tabaco. Miró el brillo rabioso del cielo, enmarcado por las cumbres peladas, del color del hierro. Entonces le pareció que el cuadro estaba bien en ese lugar: un pueblo levitando entre la potencia de las montañas y tesoros ocultos que esperan del otro lado de la noche.

Los murciélagos revoloteaban alrededor del campanario, cazando insectos. Todo dormía en la comunidad de los cerros. Aunque el cura ya había partido con el burro, ellos caminaban en silencio, casi en puntas de pie, como si la capilla fuera un museo minado de alarmas. Christie colocó la tela enrollada dentro de un tubo de aluminio. Caminaron hacia el Toyota, lo empujaron en punto muerto y saltaron dentro cuando tomó velocidad por el efecto de la pendiente. Dylan prendió el motor, aceleró, pero las piedras golpeaban la panza. Había que tranquilizarse o romperían el cárter. Apenas se veía el camino que despertaban los faros.

Menos mal que tenían su GPS. De los matorrales saltaban conejos atravesando la luz de los faros. No hablaban. A veces Christie miraba para atrás y tocaba el cilindro que contenía la tela que ella había desprendido del marco con su navaja. En doce horas, tal vez diez, llegarían a Chile cruzando por el Paso de Jama. Tenían documentos diplomáticos, nadie les molestaría. Christie bajó la ventanilla. Le sorprendió el aire húmedo, enseguida rompió a llover, gotas que estallaban contra el parabrisas. Después ya fue una lluvia vertical y monótona, interrumpida por algún trueno que vibraba en las montañas.

Los limpiaparabrisas apartaban el agua con su coreografía. Llovía con calma, una lluvia mansa que no golpeaba la tierra sino que la bañaba. Los sobresaltó el primer arroyo. Donde ayer había un lecho resquebrajado ahora pasaba una cuerda de agua marrón. Dylan metió las ruedas despacio, el agua acarició los bajos, las ruedas volvieron a apoyar el peso del Toyota sobre la tierra.

Ahora llovía fuerte, cascadas de agua que bajaban con viento y peso. Dylan esquivaba las piedras que se habían desprendido de las paredes de roca. A veces Christie tenía que bajarse para apartarlas. Se embarraba las manos y la cara. Por momentos no se veía nada, sólo la lluvia empañada por los faros. Ese paisaje quieto de la tarde anterior ahora era un gigante que movía sus aguas, sus rocas, toda su rabia salvaje, como una expiación.

El Toyota se les quedó en medio de uno de los arroyos. Los faros casi se hundieron en un pozo, iluminaron el agua desde abajo, como un submarino, el motor se apagó después de toser. Las ruedas sirvieron más de flotadores que de apoyo y el auto empezó a girar empujado por la corriente hacia la cascada que rugía al fondo. Dylan ayudó a Christie a subirse al techo y de ahí, colgada de las ramas de una araucaria, pisó tierra firme. Dylan agarró el cilindro y estiró el brazo. También se colgó de la araucaria para llegar a la tierra. En el cilindro se juntaron las sangres de los dos, las lavó la lluvia.

Se refugiaron debajo de una piedra que salía de la pared. Desde allí vieron cómo la corriente bajaba cada vez más crecida. El agua negra acercaba el auto a la pendiente. Oscuro, desarbolado, el Toyota parecía un barco encallado en los arrecifes.

La luna resplandeció en las rejas de lanza y en algunas cruces de hierro. El cementerio estaba ahí, justo a su espalda. Había dejado de llover, ya solo se oía el ruido de la corriente que lo arrasaba todo. Dylan se tendió en uno de los bancos, Christie le pidió que no se durmiera y le preguntó qué harían con todo ese lío. No bien el cura volviera de su paseo le subirían la oferta, una muy buena oferta, disfrazada como un donativo para esa comunidad de miserables. Tengo frío, dijo Christie. Habían perdido todas sus cosas. Mañana, cuando baje el agua, las rescatamos del auto, dijo Dylan.

La luz todavía era azul y no dejaba ver más que sombras de agaves. Desde arriba de los cerros se soltaba un cielo turquesa y rosa. Divisaron al Toyota en un barranco, cuarenta metros abajo. Apenas se veían las gomas y una puerta entreabierta. Lo demás eran plantas y barro que se le habían pegado como una barba. Imposible bajar hasta ahí, se podían romper una pierna y ahí sí que la cosa se podía complicar.

No sabían qué hacer, si caminar, si quedarse ahí. Salió el sol y al rato apareció un hombre a caballo y un chico, seguramente el hijo, encima de un burro. No se pudieron entender. El chico los ayudó a subirse al burro, uno pegado al otro. El hombre iba adelante con su caballo y el chico caminaba y los arrastraba con el ronzal. No hablaban. Dejaron el camino y se metieron en una trocha. Volvían para el pueblo. Ristras de nubes aparecían desde las montañas, como si la tierra las pariera, y al rato todo el cielo estaba atravesado de largas franjas de nubes gris violeta, parecido a un campo recién arado. Una aventura esto de rastrear arte, dijo Dylan y Christie se rió. No tengas miedo, le dijo Dylan. Adelante, el hombre guiaba al caballo con silbidos.

Llegaron al pueblo. Los cascos del caballo y del burro sonaban en el empedrado. Apareció la niña con la bici, otra niña con una muñeca que le colgaba de la mano, tres chicos jugaban al fútbol. Los miraron pasar y después siguieron jugando. Se bajaron del burro en la puerta de la capilla. Una viejita arrugada como una nuez se acercó a Christie con la mano estirada, ella le dio la mano, pero la viejita no quería saludarla, quería el tubo de aluminio. La viejita sacó la tela de adentro y desenrolló su cuadro, La adoración de los pastores, el tesoro del adelantado Loaysa atrapado en esas pinceladas maestras que parecían arrancadas de esos cielos y sus montañas. Dylan se lamentó de no saber mejor español, no podía dar explicaciones por lo del cuadro ni hablar de otras cosas, como de béisbol, el mejor bateador de los Yankees era argentino. Vamos a buscar un teléfono, dijo Christie.

En el pueblo no tenían mucho que hacer. No había teléfonos, ni escuela, ni gendarmería, y tampoco señales del cura. Se sentaron en una vereda. Por lo menos sus ropas ya estaban casi secas. Sonó la campana de la capilla.

—Es un si bemol.

Sonó de nuevo, y otra vez, y otra vez, y así siguió, y a medida que sonaba hombres y mujeres bajaban de los cerros cargando sus azadas, sus machetes y demás instrumentos de trabajo. Se reunían frente a una placita, donde se quedaban medio quietos, como pintados. Christie buscó a la niña de la bicicleta, ya no había chicos en la calle. No entendía nada. ¿Qué estaba sucediendo? Miró a la comunidad de los cerros, ahora se movía, ahora avanzaba hacia ellos dos, los ojos entrecerrados, los machetes roñosos, la mirada seca. Parecía aquello una réplica demente del cuadro que se iban a llevar. Les rodearían sin una palabra, un cerco asfixiante, no precisamente de adoración, sino de prendimiento. Los pastores convertidos en ángeles de la venganza les crucificarían a machetazos. No quiso pensar más y se abrazó a Dylan, que lloraba sin ruido, de rabia, de vergüenza, con los ojos abiertos.

Arriba del campanario se veía un friso de cuervos parados en la cornisa, y, más abajo, las tumbas blancas de un cementerio.